



ED MCDONALD

THE CROWN OF THE WIND RAVEN

«Ravencry es una perfecta
secuela, el libro que todo autor
de fantasía aspiraría a escribir»

Booknest

minotauro

ED McDONALD

RAVENCRY

minotauro

Título original: *Ravencry*

© Ed McDonald, 2018

© por la traducción: María José Díez Pérez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0505-7

Depósito legal: B. 936-2019

Fotocomposición: dâctilos

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

La nota de Levan Ost insistía en que fuera yo solo. Los relojes iban a dar las cuatro cuando me aproximaba al punto de encuentro. La noche estaba bañada en una luz purpúrea, Rioque y Clada se hallaban en cuarto creciente, sin nubes que las ocultaran. Caminaba con brío para combatir el frío invernal. Encapuchado. Armado. Alerta. La última vez que me había reunido con Levan Ost había intentado atacarme con una botella rota. Pero de eso hacía mucho tiempo y, la verdad sea dicha, probablemente me lo mereciera.

Me llegó el olor del canal tres calles antes de que lo viera. El agua era más negra que el aceite, las calles que había a su alrededor estaban desiertas en su mayor parte. Nadie quería vivir cerca de esa peste. En los canales de Valengrado nunca se había podido nadar, pero cuando el asedio concluyó, echamos a todos los siervos muertos a ellos para que se pudrieran. Sin embargo, la magia mala no desaparece así como así, y los agentes contaminadores habían teñido incluso el agua. Cuatro años después aún conservaba el recuerdo.

Ost quería que nos viésemos en una barcaza que estaba amarrada en el canal Seis, un cauce antiguo situado en el extremo occidental de Valengrado, más allá de las hileras de viviendas que ocupaban los soldados. Pasé por delante de barcazas cargadas con sillares que iban hacia el sur, destinados a los incesantes

trabajos de construcción de una tejeduría de fos inmensa que se estaba levantando en los Desechos. Cientos de toneladas de mampuestos aguardaban en las hediondas aguas, a la espera de formar parte de la Gran Aguja. El canal Seis no era de los peores, pero así y todo el hedor se me instaló en la garganta.

Me detuve en la esquina de la calle, oculto en las profundas sombras. Había barcas estrechas y barcazas amarradas en las orillas, la carga bien sujeta con cuerdas. A lo largo de la semana anterior habíamos sufrido dos terremotos, y a nadie le apetecía ponerse a sacar piedras del agua contaminada. Me quedé observando en silencio, desde las sombras, dejando que los minutos pasaran. No había por qué impacientarse.

Nada se movía en las negras aguas. Los tubos arrojaban una luz tenue y emitían un zumbido grave. En las cubiertas no se veía a nadie, y las barcazas estaban oscuras, desiertas de noche; tan sólo había luz en la ventana de un camarote. En su día había sido una barcaza de recreo, pero transportaba carga en su humillante jubilación. Cuarenta pies de longitud, la cubierta pelada. Un lugar extraño para tender una trampa, si es que al final era eso. Preparé las armas que llevaba bajo el gabán, aunque si uno va directo a una trampa rara vez sirve de mucho ir armado. Era el apellido Ost, el hecho de que en su día hubiésemos tenido tratos, lo que me había movido a acudir solo. Mis hombres fruncirían el ceño y pondrían el grito en el cielo si me vieses dejar a un lado la precaución que les había inculcado, pero las normas estaban hechas para ellos, no para mí.

Metí una mano bajo el gabán y amartillé la pistola de chispa que llevaba.

—¡Ost!

Las negras aguas atraparon mis palabras y las amortiguaron.

Una sombra surgió detrás del mugriento cristal. Se oyó un cerrojo que se descorría y a continuación la puerta del camarote se abrió. Contra la luz del camarote se recortó una silueta retorcida y delgada.

—¿Capitán Galharrow? —preguntó una voz ronca, de fumador—. Así es como os llaman ahora, ¿no? No estaba seguro de si vendríais.

Levan Ost daba la impresión de haber estado viviendo a base de raciones exiguas un año y de haber bajado rodando por la ladera de una colina después, quizá en más de una ocasión. Tenía un aspecto descuidado, encogido, los músculos poco a poco perdiendo la batalla contra la edad. Llevaba la barba larga, del color de la ceniza, pero su mirada aún era penetrante. En la cara se distinguía una multitud de cicatrices circulares, recuerdos de un gusano de La Miseria.

—Me alegro de verte, Levan —le dije, aunque no fuera verdad.

—Pasad. Que no se escape el calor —propuso, y por su forma de tambalearse al dar media vuelta deduje que estaba borracho. Sabía bastante de borrachos.

No parecía que fuese a suponer una amenaza. Si me había invitado a acudir a ese sitio para terminar lo que su ataque con la botella rota empezó tantos años antes, no se había preparado muy bien. Desmonté despacio el percutor, aunque no retiré el pulgar de la llave mientras subía a bordo.

A diferencia de las barcas de carga que abarrotaban la mayoría de los muelles, la barcaza había sido una embarcación de lujo en su día, de las que la nobleza utilizaba para pasar refinadas tardes deslizándose por el río. Después llegaron las deudas, el aburrimiento o el ennegrecimiento de los canales, y su propietario o bien la vendió o la reconvirtió para que transportara fruta por ellos con el objeto de sacarle algún provecho.

—¿Hay alguien a bordo? —quise saber.

—No.

El camarote era una habitación sencilla, de cuatro por cuatro metros, con unas cuantas sillas desvencijadas y una lámpara de aceite anticuada que colgaba de un gancho en el techo. Ost me invitó a sentarme, pero rehusé. Parecía inseguro, y se puso a cambiar de sitio algunas cosas en una mesa sencilla: unos papeles y una botella de vino, de una añada que no reflejaba ni riqueza

ni gusto. Al lado había una botella vacía, y otra tumbada contra una pared. Un sable envainado con guardamano descansaba en la mesa. No creía que Ost tuviese intención de utilizarlo contra mí, pero si lo intentaba, no me preocupaba: era viejo y estaba en mala forma y borracho.

—Ha pasado mucho tiempo —observé con voz queda. En la negra noche, un miedo primitivo a la oscuridad hace que prefiramos hablar bajo.

—Supongo —repuso Ost—. Nos os veía desde el día que os batisteis en duelo con Torolo Mancono. —Su voz conservaba una aspereza que denotaba seguridad. Puede que siempre hubiese sido un navegante, pero esa voz lo había hecho merecedor de respeto y de un sitio en la tienda de la comandancia. Yo nunca le había caído bien, porque él no era nadie y yo había nacido con crema en lugar de sangre y, en honor a la verdad, además era un malnacido fatuo.

—¿Aún estás resentido por eso?

Ost se encogió de hombros.

—Siempre me cayó bien Mancono —repuso—. Escuchaba, aunque hubiese nacido rico como un príncipe. Le disteis una mala muerte, pero supongo que no podéis cargar con toda la culpa. Fue él quien pidió el duelo.

No había ido hasta allí para revivir el pasado o resolver viejas afrentas.

—Dijiste que tenías una información que es vital para la seguridad de Valengrado —observé.

—¿Vino? —ofreció Ost. Los vasos que había en la mesa estaban llenos de marcas de dedos, así que probablemente no debiera, pero así y todo cogí uno. No soy de los que rechazan un vaso sucio de vino de la peor calidad, sea cual sea la hora o la situación.

Ost me examinó el uniforme. Reparó en el gabán negro, largo, pegado al cuerpo, que me llegaba hasta la rodilla, con su doble hilera de botones de plata. Reparó en las alas plateadas en relieve que lucía en ambos hombros. En su día juré no volver a llevar uniforme, pero el tiempo, el dinero y el prestigio nos

convierten a todos en mentirosos, y ese gabán era un reflejo de mi personalidad. Dejé que mirara mientras yo bebía, y esperé a que hablase.

—Parece que la vida os está tratando mejor que al resto de nosotros —comentó al cabo.

—Eso depende de cómo se mire.

—Ahora tenéis un bonito tinglado montado con los Blackwing, ¿no? —Percibí cierto resentimiento. Difícilmente se podía asociar la palabra «bonito» a los Blackwing: perseguir desertores, espías, traidores y los malnacidos ruines que caían en las garras de la secta de las Profundidades no me hacía precisamente popular, y tener que responder ante Pata de Cuervo no era lo que se dice un paseo—. Subís como la espuma desde el asedio, volvéis a gozar del favor de los poderosos. Da la impresión de que los príncipes os han dado un saco de oro para que mantengáis el orden por estos pagos, y medio mundo os teme.

—La mala conciencia engendra miedo —repliqué—. Algunas personas deberían estar asustadas.

Ost asintió y se pasó una mano por la cabeza medio calva. Debía de tener sesenta años, quizá más. Era un hombre orgulloso. Le estaba costando pedir lo que quiera que necesitase.

—No quería recurrir a vos, pero sois el único al que puedo confiar esto —admitió al cabo. El único motivo por el que se le pide a un hombre que acuda solo y por la noche es que planea matarlo o que necesita algo de lo que se avergüenza demasiado para pedirlo de día. No había intentado matarme; al menos no de momento.

—Habla.

—¿Por dónde empezar? —murmuró Ost. Se bebió el vino, dejó a la vista los dientes y apretó la mandíbula—. Me he visto enredado en algo. Algo malo. La clase de cosa por la que lo cuelgan a uno. Os lo contaré todo, pero quiero hacer un trato.

—¿Crees que necesitaría ofrecértelo?

Ost adelantó el mentón orgulloso, rudamente. No estaba impresionado, y desde luego tampoco asustado. Se había pasado cuarenta

años recorriendo La Miseria, muchos más que yo. De cerca se le veían las venitas verdes bajo la piel, pequeñas señales de corrupción que se habían instalado allí. Había visto dulchers y skweams, había luchado contra los siervos y había visto a hombres volatilizarse. Yo no era más que un tipo feo con más gris en la barba que color.

—No es para mí, sino para mi hija y su hijo. Si abro la boca, estaré acabado igualmente, pero mi familia no tiene nada que ver con esto. Quiero que la hagáis desaparecer, que la enviéis a algún lugar más allá de los estados. Hyspia o Iscalia. Algún sitio en el que no puedan llegar hasta ella.

Lo observé con atención, y pensé que decía la verdad. Los críos tienen algo que consigue tocarme las pocas fibras de compasión que me quedan.

—¿De qué es preciso que los proteja? —quise saber.

La barcaza empezó a mecerse, primero ligeramente, después con más fuerza, haciendo que los postigos de las ventanas traquetearan. La botella de vino cayó de la mesa y se hizo pedazos cuando la embarcación se elevó y bajó con unas olas repentinas y los tubos de luz de las calles chisporrotearon y se hicieron añicos, oscureciendo las orillas. Me agarré a la mesa para no caerme.

—¡Mierda! —exclamó Ost cuando perdió el equilibrio y fue a parar al suelo, dándose un fuerte golpe. Un puñado de aguaderas se soltó de sus respectivos ganchos y cayó sobre él.

La tierra retumbó y gimió. En algún lugar lejano, algo inestable, algo que probablemente fuese el hogar de alguien, se desplomó estruendosamente. Y después, con un gruñido, pasó, el temblor cesó tan deprisa como había empezado. Ost rechazó la mano que le tendía, prefirió levantarse solo.

—El tercer terremoto en una semana —observé. No me gustaba. Algo que se sale de lo común, por lo general es algo de lo que hay que preocuparse. Pero como me dijo Valiya, ni siquiera los Blackwing podían hacer gran cosa con las sacudidas que daba la tierra.

—Salgamos a cubierta —sugirió Ost—. No me iría mal un cigarro, y el dueño de la barcaza se cabrea si fumo dentro.

—¿Por qué estás viviendo en una barcaza?

Ost se encogió de hombros.

—Es más barato que cualquier otro sitio, si se aguanta el olor.

Fuera, el frío hacía que el aire fuese cortante y riguroso. Clada empezaba a ponerse, dando paso a Rioque, la luz púrpura se volvía más roja. Las luces de fos que alumbraban las calles se habían ajustado a una tercera parte de su potencia, y una de ellas chisporroteaba, señal de un mal empalme. Encendí un par de puros y le pasé uno. Un gesto de comprensión, que no de amistad.

—Pol es inocente —afirmó Ost—. Ni siquiera quiere verme, hay mucha mala sangre. Pero estoy en deuda con ella.

Parecía un trato justo.

—Si me das algo de peso, me ocuparé de proporcionarle una vida nueva en otra ciudad.

—Me basta con eso —convino. Dio varias chupadas largas al cigarro—. Acepté un trabajo, en La Miseria: navegar con mercenarios. Me dieron nombres falsos, pero la ubicación era auténtica. Un punto fijo, el valle de Tiven. ¿Lo conocéis?

Asentí. Se hallaba a cuatro jornadas a caballo en La Miseria, un lugar en el que los cantos eran perfectamente redondos. De un tiempo a esta parte era más o menos hasta donde llegaban nuestras patrullas de soldados.

—Iban todos bien armados, con pesadas ballestas en su mayor parte. Y también la armadura era buena. Eran hombres duros. Los acompañaban un par de Tejedores, y pagaban mucho, prácticamente una pensión, de manera que me figuré que iban en busca de reliquias. Lo sé, lo sé, no es legal. El contrabando de cosas procedentes de La Miseria está prohibido, pero los coleccionistas venderían su caballo por un marco de oro de Adrogorsk. El dinero que pagaban le habría asegurado el porvenir a Pol.

—¿Y?

—Pues bien, cuando nos pusimos en marcha, me di cuenta de que los soldados tenían algo raro. Levantaron el campamento la primera noche, y ninguno se reía. Ninguno gastaba bromas. Se pasaron la noche sentados sin más, en silencio. Vos y yo sabemos

que en La Miseria no hay muchos motivos para reírse, pero lo que de verdad me puso la piel de gallina fue que esos hombres tampoco tenían miedo.

—¿Eran experimentados?

—Ésos son los que más asustados deberían estar. Sólo un idiota no tiene miedo en La Miseria. —Ost pronunció el nombre con cuidado, como si sostuviese una vela titilante sobre un recipiente con polvorín. El nombre en sí carece de poder, pero sólo los necios le faltan al respeto.

—Muy cierto.

—Cuando llegamos al valle de Tiven, nos topamos con siervos. Me tiré al suelo, pensando que habíamos tropezado con una patrulla numerosa, pero los Tejedores no lanzaron su magia contra ellos, ni siquiera cuando vi que también había un Elegido. Tenía que serlo, pese a que estaba tan cambiado como los siervos, y yo nunca había visto algo así antes: tenía cara de pez, ¿sabéis?, pero no cabía duda de que era un Elegido. También tenía una puta cola, aunque os cueste creerlo. En cualquier caso, los Tejedores fueron a hablar con él, y al cabo de un rato volvieron y dijeron que regresábamos. Eso fue todo. Hablaron con él y nos volvimos.

Aparte de los Reyes de las Profundidades, a quienes sirven, no hay ninguna criatura más empeñada en acabar con la humanidad que un Elegido. Su sola mención basta para que la mayoría de los soldados eche mano de un amuleto. Los Elegidos tenían un poder muy superior al de nuestros hechiceros, regalo de sus terribles señores.

—¿Quiénes eran? —me interesé.

—No lo sé. —Ost lo dijo despacio, como si yo hubiese pasado por alto ese detalle—. Me dieron nombres falsos: Blue, Pikeworth, Dusky; a veces se les olvidaba cómo se habían llamado entre sí. No intentaban dar ninguna explicación, sólo me decían una y otra vez que había más dinero del que necesitaría nunca esperándome cuando volviéramos al Límite. Lo repetían a menudo, demasiado. Pero después de lo que había visto, sabía

que me quitarían la vida en cuanto la muralla estuviese a la vista. Sólo me querían para que los guiara, estaba claro. De modo que los abandoné cuando estábamos a una jornada de la muralla. Los dejé allí para que se pudrieran. Quizá muriesen en ese sitio. Pero no suelo tener tanta suerte.

—De manera que no me puedes decir quiénes eran esos hombres misteriosos, ¿no?

—No. Pero si consiguen volver, os los señalaré. No hay tantos Tejedores. —Se estremeció—. Sólo que si delato a su jefe, él llegará hasta mí. La única vez que mostraron alguna emoción fue cuando lo mencionaron. Les infundía pavor, de eso no cabe la menor duda. Y todo el que es capaz de aterrorizar a un Tejedor está claro que me aterroriza a mí. Soy un cadáver con patas, Galharrow.

—Lo que hace que me pregunte por qué no has huido.

—Lo voy a hacer, creedme —aseguró Ost, dio una chupada al cigarro y tosió un poco cuando se tragó sin querer el humo—. Voy a salir corriendo de aquí e iré lo más lejos posible. Quizá me libre, ¿quién sabe? He logrado sobrevivir hasta ahora. —Dio otra chupada, rápida, tensa. Incluso hablar de ello lo asustaba.

—Y di, ¿quién es el jefe?

—Ofrecedme un trato para Pol y os daré el nombre —propuso. El humo del puro flotaba ante nosotros, atrapando la luz de fos, que brillaba como si fuese aceite.

—Puedo mover algunos hilos, subir a tu hija y el crío a un barco que vaya a una de las colonias del oeste. Allí siempre están pidiendo a gritos mujeres. Si tu información es buena, tienes mi palabra de que eso es lo que haré.

Me alegré de que, en sus últimos instantes, hubiera podido proporcionarle ese pequeño alivio. Parecía agradecido, pese a que me seguía odiando por haber matado a Torolo Mancono.

El abdomen de Ost reventó. Pedazos de vísceras y hueso salpicaron la cubierta. Tardé un instante en darme cuenta de que había recibido un disparo. Un reguero de sangre y órganos hechos papilla salieron de sus tripas mientras él se

tambaleaba por la cubierta. Me miró una vez antes de que un destello a mi izquierda anunciara el segundo disparo. No era el estallido de un arcabuz, sino otra cosa, algo azul y dorado, semejante al sonido de un relámpago. Un segundo orificio apareció entre las costillas de Ost, que cayó de rodillas, con la boca y los ojos abiertos.

El brazo me escocía allí donde el disparo me había rozado: ése iba dirigido a mí.

Los vi venir cuando Ost se desplomaba, destrozado. Dos hombres por la orilla norte y un tercero por la sur. Llevaban armas de fuego: dos, arcabuces; uno, algo que tenía un cañón largo plateado. Ése fue el que me apuntó.

El ataque llegó con fuerza.

Me lancé al suelo entre cajas de fruta apiladas. Se oyó un arcabuz, y acto seguido a mi alrededor cayó una lluvia de astillas y cítricos hechos puré. Los malnacidos me habían rodeado. Metí la mano dentro del gabán y saqué las dos pistolas de chispa cebadas y cargadas.

Oí voces, los asesinos se acercaban, y me arriesgué a echar un vistazo. Llevaban máscaras, sencillas, sendos sacos de lona en los que habían recortado unos agujeros para poder ver. El gabán militar de gamuza era el habitual del ejército, pero esa arma con el cañón plateado no. Se trataba de un arcabuz de luz, un cañón de fos portátil, que había caído en desuso hacía tiempo con la llegada de los arcabuces. Jamás imaginé que volvería a ver uno de éstos. Hacía cincuenta años que el ejército no los pedía. ¿Quién era esa gente? Una mirada de reojo a Ost me confirmó que no hablaría más.

De modo que estaba solo y acorralado. Tres asesinos con armas de fuego que se me echaban encima, dispuestos a matarme.

La cosa pintaba mal.

Voces. Imposible distinguirlas con esos sacos que amortiguaban los sonidos. Intenté dirigirme hacia los camarotes, y el arcabuz de luz volvió a rugir, acribillándome a astillas cuando una caja explotó. Me quedé donde estaba.

—Soy Ryhalt Galharrow, capitán de los Blackwing —grité—. Tirad las putas armas y entregaos o, por orden del Estado, sois hombres muertos.

Oí de nuevo las voces apagadas, pero no parecían tener la menor intención de rendirse.

—Rendíos y no os pasará nada —respondió un hombre. La voz era plana, inexpresiva.

No podía alcanzar la orilla de un salto: había hombres a ambos lados y yo soy un blanco grande y pesado, hasta cuando no estoy lleno de cerveza barata y vino más barato aún. Ni sobreviviría si echaba a correr calle abajo, sólo con que alguno de ellos fuese un tirador medianamente competente. El tiempo tampoco estaba de mi lado, y en cuanto alguno de ellos pudiera dispararme, adiós muy buenas. Me paré a pensar detenidamente y tomé la única opción que me quedaba. Me acuclillé, listo para salir disparado, y conté: uno, dos, tres. ¡Ahora!

Saqué las pistolas y abrí fuego, disparando en ambas direcciones. Después me deshice de ellas y me abalancé hacia la baranda de la barcaza. El arcabuz de luz devolvió el fuego justo cuando me lancé para ejecutar lo que pretendía ser una zambullida elegante, pero que probablemente fuese una panzada en el hediondo canal. Atravesé una capa de mierda gomosa de una pulgada de grosor y me sumergí en la tinta.

El frío me golpeó el pecho como si se tratara de una almádena. Era helador, más crudo que en pleno invierno, y la oscuridad, absoluta. Me sumergí habiéndome llenado los pulmones de aire, pero nada más entrar en contacto con la glacial negrura supe que no era suficiente. Pataleé, intenté dar media vuelta, y de pronto no tenía ni idea de hacia dónde debía ir. El agua era demasiado viscosa, una salsa de cadáveres de siervos en descomposición y un eco de magia perversa.

¿Dónde era arriba? Abrí los ojos y la oscura y sucia agua me los abrasó, así que volví a cerrarlos y moví con fuerza los pies mientras pensaba: «Espíritus de la puta misericordia, sería una puta humillación morir así». Me di con la cabeza contra algo,

quizá la barcaza, quizá una orilla. Estaba ahí y en cuanto me revolví ya no estaba.

Aire. Uno lo da por sentado hasta que no lo tiene. Y entonces lo daría todo a cambio de poder llenarse una vez más los pulmones. El pecho me chillaba, y no podía culparlo.

El frío me envolvía, y el peso del agua me empujaba hacia abajo.

Ciego, agitando brazos y piernas, seguro de que me dispararían en cuanto mi cabeza asomara a la superficie, empecé a ver bailotear lucecitas con los ojos cerrados. Mis pies se toparon con algo duro, y dejó de importarme que me pegaran un tiro. Cualquier cosa era mejor que ahogarse en ese cieno tóxico.

Me di impulso y topé con una superficie dura, plana. Por ahí no había aire, y no era el fondo del canal. Estaba atrapado debajo de algo: debajo de la barcaza. Mis pulmones sufrían mientras pugnanaban por mantenerme consciente, y el pecho se me estaba hundiendo, las costillas a punto de implosionar y procurarme una muerte ignominiosa, silente, sin que hombres y espíritus me vieran.

Mi mano asió un borde y, obedeciendo a un reflejo, me impulsé hacia arriba, atravesando la mugre y saliendo al aire puro.

Crucé la superficie y respiré con ganas, agradecido.

Todavía no estaba muerto.

Me hallaba en una habitación oscura, por el marco de una puerta salía una luz tenue. Los ojos me escocían, la magia ponzoñosa que salía de los cadáveres de los siervos quemaba como la cal. Notaba La Miseria en la garganta, como si fuese una enfermedad, y también un sabor a sal y a sufrimiento mientras me mecía en el angosto agujero, desconcertado, hasta que me di cuenta de que, de algún modo, había acabado debajo de la barcaza y la suerte había querido que llegase hasta uno de los camarotes por un retrete. El antiguo propietario era demasiado fino para cagar por la borda, como haría un hombre sensato. Nunca agradecí más estar con la mierda al cuello en un cagadero.

Salir del agua no fue sencillo. Era un malnacido fuerte, pero también grande y pesado, y el agujero era pequeño y el agua se mostraba reacia a dejarme marchar. La porquería negra se aferra-

ba a mí como una sanguijuela enorme y reluciente, reticente a retirarse hasta que me desabotoné el gabán y dejé que se perdiera en la negrura. La fortuna me seguía sonriendo: la espada seguía en su vaina, y con acero en la mano nunca contaba con que la candela se hubiese acabado.

No había tiempo que perder. Ost había muerto, pero los desgraciados que le habían disparado sin duda sabían de qué coño había estado hablando. Al no salir yo a la superficie, también supondrían que había perecido en el canal. Podía ocultarme. Pasar inadvertido. Pero el cuervo que lucía tatuado en el brazo me miraba con impaciencia. Pata de Cuervo haría que la sangre me hirviera en las venas si pasaba por alto semejante complot: Tejedores negociando con Elegidos. Era algo impensable. Y aunque tal vez me dejara estar algún tiempo, era mejor no defraudar a un mago capaz de fundir montañas, bajo ninguna circunstancia. Había llegado el momento de ponerse en movimiento. Había llegado el momento de buscar respuestas.

Más allá del cagadero se hallaba el pañol de la barcaza: de las vigas colgaban espirales de salchichas secas y en el suelo se apilaban cajas de harina; sólo había una salida. Agucé el oído y, al no oír nada, abrí la puerta y me asomé al cuarto contiguo: nadie con un saco en la cabeza. Quizá estuviesen buscando mi cuerpo en el agua. Avancé todo lo sigilosamente que me permitieron mis ciento veinte kilos empapados y miré fuera. Los tres encapuchados se hallaban alrededor de Ost, en la amplia plataforma de la barcaza, relajados, las armas al hombro. No esperaban que volviera de ese lodo del color de la obsidiana.

—Echadlo al agua —propuso uno de ellos, con acento del Límite, esa amalgama de todas las lenguas conocidas que constituía algo único—. Metedlo debajo de la barca. Con que esté ahí unas horas, nadie lo reconocerá. Esta agua se lo come todo.

—Pensaba que el grandullón nos iba a dar guerra —comentó otro, con un acento distinto, más duro, de la ciudad. Lenisgrado.

—Me alegro de que no lo haya hecho.

Ellos eran tres y yo sólo uno, lo cual no era muy bueno. No luché por causas perdidas, y no luché si mis oponentes me superaban en número. Ya había hecho bastantes heroicidades, y lo único que había conseguido era una pierna que me dolía cuando la temperatura bajaba y un dolor de cabeza perenne. Sin embargo, lo que había dicho Ost bastó para preocuparme, y mucho, y esos hombres eran mi único lazo con el Elegido y la amenaza que pesaba sobre el Límite. Al igual que cualquier jugador, sé que cuando la suerte está de tu parte, te dejas llevar por ella.

La sorpresa es un elemento poderoso. Caemos en burbujas de calma y nos volvemos indolentes. El instinto asesino de nuestro cerebro desaparece y nuestra respuesta de lucha o huida se nubla. Esos hombres no eran profesionales. Oportunistas, tal vez. Lucían espadas de la ciudad, largas y finas, con una empuñadura elegante, de las que se utilizaban para impresionar en las fiestas, y una hoja que no cortaría ni queso. Dudaba que alguna vez hubiese cargado contra ellos un hombre grande, enfadado, determinado, con un alfanje en la mano.

La vida no es sino vivir nuevas experiencias.

El primero acababa de arrojar a Ost a las tinieblas, y cuando me vieron, empezaron a gritar. Uno de los encapuchados cogió el arma que tenía al hombro, y cuando casi había logrado esgrimirla para esquivar el golpe, le hice un tajo del hombro a la cadera. Estaba muerto antes de que los pedazos se unieran a Ost en la mugre. Los otros salieron disparados, y yo fui por el que tenía más cerca, que tiró el arcabuz que había disparado antes y sacó la espada de duelista, la hoja estrecha y buena. Paró un golpe, y saltaron chispas ante su encapuchado rostro, pero no pudo contra mi acero, más pesado, y lo despojé de la espada y le cercené la muñeca con el contrafilo. Gritó, se tambaleó hacia atrás y, tras tropezar con una soga enrollada, se unió al primer hombre en el agua.

El canal acabaría con él. Vuélvete, mata, muévete, pelea y no pares para nada que no sea tan vital como respirar. El último saltó a la orilla. Al volver la cabeza, me di cuenta de que había

vuelto a cargar el arcabuz de luz mientras yo nadaba y ahora, a tiro, accionaba la palanca y miraba por el cañón plateado, más allá del receptáculo de fos y los hilos de cobre que sobresalían. A esa distancia no podía fallar.

Mierda.

Me tenía. Podía acabar conmigo con un disparo: a la cabeza, al corazón. A no ser que lograra llegar hasta él, para hacerle pagar antes de sucumbir. Me miró con serenidad, en esos ojos no había ni ira ni pánico, y oí el clic de la cola del disparador.

Un silbido estridente salió del receptáculo de fos que llevaba incorporado el arma. Durante una fracción de segundo vi un bulto tras él en la oscuridad: la silueta de una mujer envuelta en llamas, una figura negra dentro del fuego. Y a continuación el receptáculo del arcabuz estalló con una llamarada silbante de luz lunar. Salieron despedidas chispas a treinta pies hacia todas partes. Me protegí la cara con una mano y me agaché cuando me alcanzaron las ascuas, un millar de picaduras de avispa que chisporroteaban al clavarse.

Cuando los fuegos artificiales cesaron, la paz se instaló en el canal, interrumpida únicamente por el ladrido de perros lejanos, que seguían nerviosos debido al terremoto. Tenía quemaduras y los pulmones irritados, como si hubiese respirado un saco de abejas, pero estaba vivo.

No había ni rastro del hombre que había caído al agua. Supongo que no sabía nadar.

Tampoco había rastro de la mujer que había surgido en la luz. Se me quedó grabada en la retina hasta que parpadeé y desapareció, y me pregunté si de verdad habría visto algo.

No. Claro que no. Ilusiones. Eso era todo.

El hombre al que el arma se le encasquilló profería los últimos sonidos que haría en esta vida. Probablemente no entendiera lo que acababa de pasar. Los arcabuces de luz eran inestables, tenían un sistema de descarga delicado para ocuparse del fos liberado. Cuando esos sistemas fallaban, los resultados no eran agradables. En este caso, el receptáculo de fos,

de acero, había explotado, cosiendo a su portador con una metralleta candente, el cuerpo desgarrado y desangrándose por docenas de heridas.

Profirió algunos ruidos de desesperación y murió. Y se hizo un silencio absoluto, a excepción de mi respiración, pesada, sibilante. Empezaba a estar tan bajo de forma como el viejo Levan Ost, ahora difunto. Así y todo, acababan de morir cuatro hombres y yo seguía en pie.

Salté a la orilla y miré esa ruina de hombre que había confiado en la luz y había sido castigado por ella. Le retiré el saco de la cabeza. Qué curioso; me resultaba familiar. Un hombre corriente, de cabello castaño, con bigote, el único rasgo que lo distinguía era un gran lunar bajo el ojo izquierdo. Y, sin embargo, estaba seguro de que lo conocía.

Caí en la cuenta de que así era: lo había matado hacía tres semanas.